

DE UN INSTANTE AL OTRO ... YA NADA ES COMO ERA ... ESTO ES LA MUERTE.

I

Hundir la mirada en el infinito hasta que el párpado ya no se mueva. Escuchar, con toda fuerza el espacio inmenso, escuchar los avisos, las señales...Cada día largas conversaciones con él. *Aún está aquí...* Cumplir todos los rituales ancestrales: el oro quitado, la cuerda de los nudos, el agua del río al agua del río, la *pomana*... Sólo con velo piso la calle. Dice una mujer *Esto, hoy en día ya no se hace*. La miro en silencio y me alegra que nunca me haya importado. Nada debe distraerme de mi dolor; *ninguno* de los rituales voy a omitir. Y estaré tan triste como estoy.

Rezar. Tan centradamente como nunca en mi vida. Conjuero, una y otra vez, esta frase encontrada: ***But today...I'll kneel only to truth, follow only beauty and obey only love.*** *
Todo menos traicionar ahora lo que nos era ley, a pesar de todo, seguir el sendero emprendido en común. Aunque sea desierto... aunque un viento glacial me sople soledad eterna.

*Pero **hoy**... me arrodillaré sólo ante la verdad, seguiré sólo la belleza y obedeceré sólo al amor.

Extrañas secuencias numéricos surgen por todos lados. Donde y cuando mire, siempre se repite el UNO. Como si ya no hubiera otras horas, fechas, citas, matrículas, teléfonos... Más tarde - meses más tarde! - se junta el dos. 01.01.h, 11.11h, 12.12h, 21.21h, 22.22h....

La línea de vida de la mano izquierda se ha separado en dos. Entre ellas... *nada*. Semanas más tarde se divide la superior en dos líneas finitas; la derecha de ellas ahora se acerca, vacilantemente, a la inferior, para – quizá- un día unir el fin de la una con el principio de la otra. Aun falta una gran parte.

Una y otra vez escabullirme al espacio extenso de la noche buscándole en las estrellas. A veces le siento, muy cerca, rodeándome en lo vasto del espacio. Todo el universo entonces me habla. Paz. Muy adentro. ¡Hermosa vida ésta que pasamos juntos! Indomables caminamos, al margen de la locura y a veces dentro de ella y, al final...*¡libres!* Esto fue lo realmente especial.
Y el largo, largo camino hacia allí... No hemos omitido nada, ni las crisis más brutales, -las nuestras y las de cada uno.

Nos hemos dado una promesa. Más allá del espacio, del tiempo.... *-¿Y quién me guiará cuando estoy allí arriba?*, un día me preguntó. *-¿Y quién me recordará que apague el fuego?*, le contesté. Me río hacia el cielo haciéndole un guiño.

La vuelta al antiguo lugar, Lanzarote, la isla de los volcanes... Allí, donde todo empezó, no sólo nuestro amor. También nosotros, como personas, allí nos hemos parido de nuevo. Penetrábamos en los volcanes hasta que ya no quedó nada de nosotros. Desnudos, alma y mente.
Surgen dos líneas de los poemas que le escribí: *"...atizamos el fuego de toda una isla..."* y *"...erigimos monumentos de silencio..."*. Nuestra vida, no sólo en la isla. Silencio al fuego, fuego al silencio. Eternidad. Más allá, mucho más allá, del tiempo...
Cuando entregamos las cenizas a la bravura del agua turquesa mi corazón entero brilla. Puedo sentir su alegría lanzándose al mar...

En las noches frías de invierno es cuando le busco en vano. A él, y al sentido de todo sin él. En vano. El corazón golpea locamente, amenaza con romper. *Cold turkey*. Hasta el balcón son sólo tres pasos. En momentos decisivos *Dsor*, el gato, se pone en mi pecho penetrándome con su mirada. Semanas después se tira del balcón, en mi lugar, rompiéndose el cuello. Al morir, sujeto su cabecita en mis manos y estalla el dolor con violencia. Esta vez no tengo que ser más fuerte que el que muere. Lloro siete días sin interrupción.

En los días buenos escucho a Rajmáninov. Hasta el exceso. Sentada en el sillón en la ventana y escuchando... escuchando cada matiz de un sonido. Dejo que la música abra los caminos hacia lo grande, allí donde el dolor es belleza, y la belleza sólo existe en la verdad.

En medio de lo balsámico de arreglar, sortear, leer las cartas... el mundo invade -con fuerza- mi vida protegida; seguía girándose mientras un hombre dejó de respirar.

Todas las administraciones se unieron para atormentarme. También alquileres, deudas, almacenes, viajes inaplazables que se debe pagar con dinero. Cambio un botón en el cerebro y salgo al mundo.

Vuelvo - dentro de mí - meses atrás cuando aún todo era fuerza, visión y convicción de que algo debe ser cambiado en este mundo. Enciendo antorchas en los alumnos como si sintiera fuego aún, vendo cuadros y proyectos como si creyera en un futuro, me enfrento a administraciones y burocracia de todos los países en los que jamás pusimos un pie. Me entero de leyes, de las que ni sabía que existían.

Para unir fuerzas me adentro en mi mirada interna. La que ve aún cuando el mundo alrededor de mí se hunde. La que se acuerda de las puertas que se abren hacia ambos mundos demoliendo las fronteras... y del *instante* en el que él se estaba muriendo en mis brazos y, en sus ojos pude leer todo lo que era importante saber.

He cambiado el luto negro por el blanco. Nadie sabe que es parte del camino. Sólo están aliviados de verme brillante: no tener que preguntar... no tener que hablar sobre lo impronunciable. Sólo surgen preguntas sobre mi futuro. No tengo respuesta alguna... y sospecho doloridamente que para los demás ya ha pasado mucho tiempo. A más... ¿Quién querrá acordarse de la propia mortalidad?

Y yo... yo hablo como si tuviera palabras. Ando tan erguida como si el dolor no me aplastara. Negocio, cuento, organizo, vendo, calculo en mi mente hasta cuándo tendré que seguir así. Soy amable, cortés, escucho con atención, desconectándome de mi misma y callándome que - en realidad - no hay *nada* que me despierte el mínimo interés.

De viaje en viaje todo se vuelve más absurdo, nada parece real. Me siento tan alejada de mí. Cuando vuelvo a cerrar la puerta de mi casa, sólo queda mi silencio agotado. Ninguna carta sale ya, los emails y llamadas, sólo los imprescindibles y forzosamente. Las cartas de agradecimiento a los amigos en la mesa, sin tocar.

En vez de ello trabajo en las últimas cosas de '*Yasadim*'. Durante días y noches decido, junto con la técnica, los cortes en pasos de milisegundos, sustituyo frases, imágenes, palabras, puntos. Cuando está terminado siento, por primera vez, algo parecido a la felicidad. Lo he conseguido, y veo que es bueno. Digno de él. **Homenaje a Vanesco**, homenaje también a la Vida.

Sólo después voy a casa de los niños. Me sumerjo en el baño de calidez y comprensión de la familia. También la risa vuelve, haciendo tonterías; siempre hacíamos tonterías antes, así es como nos acordamos de aquel a quién más quisimos y el que siempre nos hizo partirnos de risa. Lo mismo en Sevilla, con la hermana de mi alma. La tartamuda y la coja, apoyándose la una en la otra y riéndose a carcajadas.

II

A veces, en la pausas del mundo, me siento de nuevo en nuestra mesa grande de trabajo. Empiezo a trabajar, nos oigo hablar, oigo el rasgo de su pincel.... hago collages, dibujo, escribo... siento agradecimiento profundo por poder ser artista en tiempos de tsunamis. Escucho Rajmáninov, todavía. Pienso en Cuba, siguiente parada, a lo mejor... y en Varanasi, donde al final quemaré todo lo que me impida seguir viviendo. Siete años me había dado cuando el gran espejo de la pared -un día después de su fallecimiento y sin tocar- de repente se estrelló en mil pedazos. *Siete años de desgracia* solía decir mi amado. Siete años de luto, me dije a mí misma en aquel instante, y no me pareció lo suficiente.

Después del último fatigoso viaje, en mi vida ya no quería subirme a un avión. Con todo, sólo un mes más tarde, acepto la invitación de vivir un tiempo en una casa *blanca* (!) en el norte con vista a un lago silencioso. Compró un viaje de sólo ida y llevo nada más que el libro que estaba escribiendo estos últimos años. Repasar todo. Quizá primeras correcciones. Quizá no. Quizá nada. Sólo respirar. Mirar. Curarme de este último año agotador. De estos últimos *años* agotadores. *¡Dormir!*

Navidad y Año Nuevo se cancelan. Todo aquello, de momento, no tiene nada que ver con mi vida. A los hijos les pedí comprensión. Ahora sólo quiero permitirme estar vacía, sin idea, sin rumores en mi cabeza. Sin planes. Sólo yo, y mi silencio.

Sanarme... centrarme de nuevo... es el único objetivo en estas semanas. *Sentirme*. Poder sentir mi tristeza... pero también mi fuerza. Repasar los apuntes de los últimos años y ver, desde la distancia del tiempo, lo que habíamos atravesado, y lo más importante: recordar *qué era* lo que nos mantuvo erguidos, *a pesar de todo*. Las mismas cosas tendré que aplicar ahora a mi corazón arrancado. Autorretratos internos, en vez de selfies... con ello, a lo mejor, se pueda conseguir emerger no gravemente herida, sino salir de una tragedia siendo más libre.

Durante todos estos meses me sumerjo en **Blanco**. El color detrás de todos los colores, *la disolución* del color. Estudio, leo, escucho, siento todo lo que puedo averiguar sobre este color. Investigo, cautivada, las paredes blancas de mi casa, observo cómo la luz se convierte en matices de blanco y el blanco se transforma en nada más que luz. Y se disuelve la luz hasta dejar de existir. Cómo se disuelve el espíritu, cómo se disuelve el dolor, cómo me disuelvo yo misma y nada queda... salvo un sonido silencioso y sutil de ... ¿qué? Y quiero penetrar más aún en esta *nada*. Quiero llegar a ser *nadie*, quiero sólo ser y respirar en esto que no es y que es todo.

Cuando vuelvo a mi casa, ya no es mi casa. He vuelto con otros ojos. Vuelvo de un lugar en que todo era diferente: las casas, las calles, la gente, los sonidos, los colores... Esta distancia me ayuda a ver lo que hay realmente. Lo que hay *ahora* realmente. Y esta realidad es bien distinta de todo lo que antes habíamos vivido -juntos- aquí, en esta casa, en esta ciudad, en este país... Lo que antes

era rebelión y libertad, también raíz, también tierra... ahora lo percibo todo como muy pequeño y limitado... No sólo por la falta de **su** grandeza.

Lo que antes de mi viaje era *altar*, -*todo lo que habían tocado sus kármicas manos* -, ahora me quita el aire. Siento que necesito librarme, crearme un espacio vacío, libre de todos los recuerdos. Al fin siento la *decisión* que tanto esperaba. Después de mi silencio lejos de todos los recuerdos me siento fortalecida... ¡casi invencible!

Mas sólo unos días después me despeño enfrentándome a todo lo que él dejó. Demasiado segura estaba de esta nueva fuerza. Pero la verdad es que ya no puedo desviarme ni un instante. Lo único que me puede proteger del abismo es quedarme *completamente presente*. Y esto es, quizá, lo mejor que he aprendido en todo este proceso: que **todo**, hasta la propia fuerza, hasta la fe absoluta en sí misma, se puede perder -por completo- en un sólo segundo si no estás atenta.

En lugar de Rajmáninov, ahora escucho a Bach. Las matemáticas claras de las notas me ayudan a no perderme... a acelerar mi ritmo, que casi se había disuelto en la infinitud de un mundo más allá. Paso a paso, me dedico a ordenar el caos que se ha amontonado en estos años turbulentos. Esta vez no cogeré mi maletín y desapareceré... esta vez me tomaré mi tiempo para rematar bien todo lo vivido. Tal como murió Vanesco, lenta y conscientemente... *¡la buena muerte!* - así quiero concluir esta vida en común. Que no quede nada al final que una hoja blanca. Todo lo demás, así lo siento, sería lo opuesto al *presente*.

En frente de la muerte no hay duda, puedo leer en mis apuntes, *sólo actuar*. Aquello que podía ensayar a fondo con el compañero de mi vida, ahora lo puedo aplicar a mi propia vida. Quemo las primeras cosas. Las más importantes, las que no son para el público. Poemas y dibujos que aún están legibles en las cenizas. Con un soplo de aire mío se disuelven. No dentro de mí. Dentro de mí seguirán vivos, sellados por el fuego.

En las siguientes semanas revuelvo su vida de nuevo. Cojo las últimas cajas que aún no he mirado, hojeo dibujos, miro, leo... lo **valiente** que era. Qué firme fue en su deseo de transformarse en Amante dejando atrás todas las heridas. Pasando por el fuego. También por el infierno. Y al final toda su vida era iluminación, todo en él: *Esencia*.

Semana Santa, la santa semana. *La primavera ha venido, nadie sabe cómo ha sido...* escribió Machado. Un rayo de luz por la tarde, que penetra el color púrpura de una flor, un avispon - ¡ónix resplandeciente! -, que se sienta suavemente en mi brazo y permanece allí. La luna llena sobre los tejados de la ciudad al anochecer, el calor de los azulejos sobre los que arrimo mi hombro dolorido, una cigüeña que ronda lentamente encima de mí, dando vueltas y vueltas... y yo persigo estas vueltas con mi mirada, sigo los espirales hasta que yo misma me transformo en espiral. *Llenándome, por completo, con el vuelo de cigüeña*. Me río ¡Estoy feliz de estar viva! De poder sentir de nuevo toda esta belleza del vivir. De sentirlo a ÉL en todo ello muy dentro de mi ser. De poder seguir llevando a este mundo su tenacidad, su coraje, su perseverancia, su resistencia, su aceptación hasta de lo más difícil, su risa, su espíritu inusual, su nobleza, su ineptitud, su determinación, *su corazón vasto y salvaje...*

Después de semanas de visionado en los estudios y almacenes en Sevilla, luego lo mismo en Alemania, donde queda otro almacén. Esta vez, no lentamente, sino con presteza reviso y registro lo que sobrevivió de su trabajo. Todavía no sé qué hacer con todas estas obras. Reúno ideas sobre

cómo preservar su legado. Hago contactos con gente del mundo del arte. Dudas... ¿Jamás hemos trabajado para luego dejar sofocar nuestros trabajos en un museo? ¿Tiene algún sentido preservar todo este material cuando, en realidad, lo importante para nosotros era el proceso espiritual? ¡Dar al éter lo que podía ser experimentado a través del arte...! Estuvimos firmemente convencidos de que lo que hicimos, y también lo que **no** hicimos, tuvo su efecto en el mundo. Escucho su voz, *¡Quema todo!* Escucho las voces de los demás, ¡¡¡No hagas eso!!! Así no puedo seguir... Todo esto es agotador para mi corazón aún muy dolorido.

III

A finales del verano alquilo una habitación en una antigua villa de un compositor. Me daré un mes para transcribir '*Notes*' (*The half story*). Apuntes sobre el morir, sobre la desesperación, y la entrega, sobre el amar, y sobre verdades que duelen, y dolores que son verdad. Sobre la ira y el perdón, sobre la impotencia... sobre la libertad... y *una paz profunda*, nunca antes experimentada, en medio de la crueldad.

Una vez más me enfrento sin piedad, quiero hacerlo. Como estoy sola en esta casa hermosa con silencioso jardín y puedo escribir sin interrupción, consigo traer todos los apuntes multilingües en *un solo* idioma, corrigiendo estilo, mejorando gramática y palabras, hasta que pongo el último punto en el día de su muerte... *¡Catarsis!* Aún faltan todos los huecos, el trabajo aquí sólo empieza. Pero ahora el manuscrito está a salvo.

Cuando estoy agotada de tanto escribir, me siento en el piano de cola que está en el salón. Sin ser tocado desde la muerte del compositor. Entre las partituras veo la pieza de Chopin, que descubrí hace unos meses en Sevilla y escuchaba sin cesar, y lo tomo como una señal. No sé tocar el piano, pero tomo paso a paso, tono por tono, hasta que los dedos y la memoria encuentran las teclas correctas. Cuando sé tocarlo de principio a fin *tal como lo siento*, me inunda una sensación de profunda alegría. También orgullo. Ni un paso retrocedí ante el reto de intentar lo imposible y completamente inútil en este mundo.

Una última reunión en este viaje de búsqueda de un lugar adecuado para el legado de Vanesco me lleva a Ticino. Sin aliento ante tanta belleza, conduzco hacia las montañas, hacia matices sutiles de gris y capas de inmensidad. *Las montañas*, dijo Vanesco, *son grandes maestros. Hacen discípulos mudos.* Sólo ahora empiezo a entender lo que quiso decir. Vislumbro que tiene que ver algo con humildad. En medio de ello, lagos de montaña turquesa, brillantes como joyas. Cada instante de este viaje una experiencia reluciente de tierra, de belleza, de los dones de Dios. En el camino de regreso me deslizo entre tormentas y la niebla más espesa. Lo extraño... este viaje también lo percibo como una Gracia.

Conducir... podría convertirse en mi nuevo destino, pienso en los días siguientes. Y decido... simplemente hacerlo. En vez de vender el coche, como era el plan, compro una *duna**: este viejo Mercedes ahora será mi nueva casa. Una semana después emprendo el viaje. Conmigo llevo un poco de pan para tiempos magros, un cuchillo para cortar y para defenderme, y un CD con poemas de Rilke puestos en música que encontré por casualidad. Cuando en camino lo inserto, me atraviesa un rayo de electricidad. Con 160 km en la autopista hacia el sur, entro en un estado de embriaguez que ninguna droga jamás conseguirá. Aparece *El Mont Blanc* ante mí, poderoso como un rey indio, cubierto de nieve en el resplandor de la tarde, y conduzco directamente hacia su

adentro, hacia el cielo, hacia la infinidad... En las palabras del poeta reconozco nuestra vida, la mía y la de Vanesco. Es como si hubiera venido hacia mí atravesando el tiempo. *Una revelación.* Cuando se lo cuento a un amigo común más tarde, dice: ¡Desde luego, vosotros seguro que habéis leído mucho de Rilke! *No lo conocíamos en absoluto, digo. Pero nuestra vida ... era Rilke.*

*tradicional edredón de plumas de los gitanos viajeros

Después de tantas semanas en el norte, el sur me atrae con vehemencia. Quiero llegar aún este mismo día a la Camarga. A nuestro lugar. Pero cuando llego, en medio de la noche, me siento inquieta. Todo está muy oscuro, no veo en absoluto dónde estoy. Escucho este silencio alrededor, respiro... expiro mis miedos con cada respiración, cojo el cuchillo, ordeno mis piernas y brazos en el estrecho asiento trasero hasta que finalmente caigo en un profundo sueño. Me despierto al alba, y me despierto por primera vez desde hace años sin dolor. Como si nunca hubiera tenido mejor cama. Siento que *él estaba conmigo toda la noche.* Al final, había aparecido en un tierno sueño. Abro los ojos y siento una profunda, desconocida e intensa alegría sobre el despertar en este mundo. Me despierto sin peso, sin deseo ni anhelos, sin destino que cumplir, sólo siento... *gracia y levedad.* Por primera vez desde su muerte. *¿O por primera vez en mi vida?* Bajo a la playa... primeras gaviotas, primeros perros callejeros, primeros sonidos, primera luz y colores que penetran suavemente en los acontecimientos terrenales ... *Todo está,* todo lo que se necesita para ver un milagro. Me estremezco.

Paso por todos los antiguos caminos. Por toda Europa del Sur me deslizo por calles pequeñas despidiéndome ceremonialmente de nuestra vida. Me inclino ante cada lugar donde fuimos felices, como todas las comidas que nos entusiasmaron, me detengo en cada bar por dónde pasamos y pido dos cafés... Entro en todos los bosques y huyo de todas las ciudades, me siento a orillas del mar, de ríos, de lagos... y miro - siempre a solas, lejos de la gente - hacia el tiempo. Hacia aquello que fue y que ahora renace dentro de mí como un sentimiento de luminosa gratitud. ¡Fue tan extraordinaria, esa vida! El pasado se vuelve presente dentro de mí, *la transformación del tiempo.*

Sin un duro llego a Sevilla. Busco una forma de sobrevivir. Después de años sin trabajar en público, con poco éxito. Nada que me vaya a salvar la vida. Tampoco tengo realmente una idea de lo que puedo ofrecer. Todo lo que hice antes, ya no tiene sentido. Ya no soy quien era. Sin embargo, la necesidad de crear está omnipresente en mí, pero ¿qué hacer con ello ahora después de todo lo experimentado? *Escribir* es la nueva forma de expresarme, pero de escribir no se vive. La falta de ideas debe ser aceptada.

Mientras estoy esperando que un nuevo fuego me inspire, me inscribo a una formación de *pranayama*. Quiero saber más sobre los secretos de la respiración. Con la respiración pudimos superar lo despiadado. Y al final hasta negociar con la muerte por algún plazo de tiempo. Ahora quiero aprender las técnicas, la intuición debe convertirse en conocimiento. La única pensión que tengo. Sólo mi aliento.

Con asombro descubro que para todas estas cosas extrañas que he experimentado en mi vida existen términos en sánscrito. Leí la *Autobiografía de un Yogui* y me estremecí. Leo sobre *samadhi* y me extraña que lo vean tan especial. Me sumerjo en esta antigua ciencia y, por primera vez en mi vida, me siento reconocida. Por yoguis que ya no están vivos y cuyos nombres no puedo recordar.

Como la escasez de dinero empuja, alquilo una habitación en mi casa. Semanalmente. Tengo suerte con los inquilinos - nómadas digitales - y les pregunto sin piedad cómo ellos - los jóvenes - experimentan un mundo que persigo ahora a través de los medios con gran consternación. Después de años apartada de asuntos actuales me doy cuenta de que *sucedio todo* lo que preveía hace unos cuantos años cuando inicié el proyecto *Art & Humanity*. Cuando incité a la gente a poner un contrapeso a un mundo totalmente desequilibrado. En aquel entonces casi nadie me tomó en serio con estas acciones. Sin embargo, esta actitud de la mayoría no me detuvo, seguía repartiendo mis llamadas a la acción y más aún, a la *introspección*. Pero *ahora* me siento demasiado cansada para reanudar de nuevo mi lucha contra los molinos. Entonces... ¿qué me queda por hacer en este mundo? Especialmente la gente joven me ama, pero ya no les puedo llevar en mis hombros a solas. Sólo pensándolo siento agotamiento. Por otro lado, percibo - desde algún lugar remoto dentro de mi - que no tengo derecho a perseguir sólo mi propia paz.

A pesar de que encontré una solución aceptable - algunos ingresos conociendo personas interesantes- , me fastidia más y más no poder ya disponer de mi espacio. Viven ellos ahora en nuestro cuarto silencioso, allí donde siempre nos desconectábamos para estar en profunda paz. Mientras yo comparto con muchas cajas el estudio. Yo, que amo el vacío, estoy asfixiada con las pocas cosas que tengo y que ya no tienen su lugar. Acampar... en mi propia casa. *La sensación de estar sin hogar me invade profundamente.*

A veces me meto en el Mercedes y conduzco por calles remotas para hablar con Vanesco en paz.

Como todo se estanca, hago un trato conmigo misma: si el hombre santo de la India, a quien quise invitar ya por mucho tiempo para mi proyecto, acepta la invitación, continuaré con mi trabajo. Si dice que no, me retiraré. Definitivamente.

Viajo al centro europeo de su organización y conozco lo que es un *ashram* (moderno). Los seguidores me asustan en su necesidad de renunciar a sus propios pensamientos, y el santo es tan famoso que solo hay audiencias de 5 minutos. ¿Cómo explicarle mi trabajo en 5 minutos? No obstante, espero pacientemente... escucho el hindi alrededor mío, observo, estudio a los europeos, y a los indios que parecen aquí forasteros, sin embargo, les siento mucho más cercanos. Cuando me toca ver al gurú intento explicarle la visión de este proyecto; él dice que sí y dice que no, no dice que no y no dice que sí, pero cuando me despido, nuestras manos vuelan solas una hacia la otra. Por una fracción de segundo, nuestras miradas penetran profundamente en la eternidad del otro. Reconozco la misma mirada con la que Vanesco me miró en sus últimos días. Ven a mi centro en Bangalore cuando estés en Varanasi, dice. ¿Le dije algo sobre tener que ir a Varanasi al final???

De vuelta en Sevilla, siento que no puedo esperar más. Tengo que ir a Varanasi, *ahora*. No en siete años. Preparo todo para la partida. Alquilo el piso, hago una pequeño maletín, meto la *Bhagavadgita*, digo adiós a los amigos, digo adiós a la familia, prometo cosas (que volveré) que no sé si puedo cumplirlas. ¿Qué vas a hacer allí? me preguntan todos. Y yo sólo sé decir, *encontrarme con Vanesco*. Algunos se asustan pensando en el motivo por el que la gente va a Varanasi... * , otros piensan que me voy de viaje a la India de aventuras. También yo misma tengo miedo. Y ¿si es verdad que voy con él? Y ¿si tengo que dejar a mis hijos y a todos los que me aman?

*As the sanscrit saying goes, **kashyam marnam mukti**, or **Death in Kashi (Varanasi) means liberation**. (Muerte en Kashi significa liberación.)

Una mañana de verano, me subo al coche y atravieso el calor. Conduzco por paisajes extremeños infinitamente desiertos, me detengo en estaciones de servicio improvisadas, me siento en bares en la única silla desvencijada al aire libre y miro hacia el vasto horizonte. Continúo, continúo de horizonte a horizonte, y siento cómo me estoy vaciando más y más por dentro... Paso durante días y semanas por paisajes cambiantes, atravesando la dura Castilla, el norte escarpado, luego, más allá de la frontera, el encanto exuberante del sur de Francia, la música de los grillos por la noche, las estrellas que suenan como *chansons*, el mar en su azul de bebé, los melocotoneros enmarcando toros hermosos, *mi Camargue*, ¡los amados caballos salvajes...! Cuando una noche paro en un estacionamiento peligroso y el coche ya no arranca, siento en cada poro de mi ser que *todo está bien. Pase lo que pase*. Y con ello, de repente me doy cuenta de la inmensa libertad que he alcanzado. Si todo está bien, *tal como sucede*, realmente *todo* puede suceder. Ya no hay nadie a quien pueda afectar. Había obtenido lo que estaba buscando en mi intensa exploración del blanco ... de la nada... de llegar a ser *nadie*.

El mundo toma una nueva dimensión. Hasta las cosas más pequeñas se convierten en milagro. Los colores brillan más intensamente, la gente, *todos*, me tocan profundamente en el corazón. Los animales se acercan confiados. Los bebés se fijan en mí con ojos grandes. Y yo miro, y me callo, y conduzco.... kilómetro a kilómetro. Mi destino es Suiza, Alemania o Austria... cualquiera de estos países ricos, donde puedo ganar dinero para el viaje y luego continuar en avión. Pero ya en Francia me doy cuenta de que seguiré en coche. Lentamente tengo que acercarme a mi destino Varanasi. El camino hacia allí lo tengo que crear yo misma.

Me hospedo en casa de amigos y busco un trabajo. Cualquier trabajo. Y encuentro tres en el lugar. Voy de chófer, de limpiadora, de camarera. Me sumerjo en mundos de trabajo, que me son completamente desconocidos y hasta encuentro placer en ellos. Me muevo con una facilidad inesperada, hago amigos, hago del planchar y preparar café una oportunidad para dar belleza al mundo. Mientras tanto, colecciono material para escribir, e incluso me dan dinero por ello. Aunque después de un tiempo, los miedos y la tensión a mi alrededor me invaden, me dejan terriblemente cansada. País rico que está lleno de preocupaciones... sobre lo que pueda pasar mañana o pasado mañana. ¡Pero sí todo puede terminar ya en el próximo instante! Siento la urgente necesidad de seguir.

Siguiendo una inspiración, le propongo a mi hijo acompañarme una parte del viaje. Siempre quisimos atravesar Anatolia, ahora tenemos el coche adecuado para ello. ¿Viajando como solíamos hacerlo? pregunta. Durmiendo en el coche, digo. Comer poco. Parar en los lugares más bellos. Callarnos, y conducir, y mirar hacia el mar o al parking de MacDonalds. Y a veces hablar. Si un neumático estalla, no debe ser un problema. Y el coche, digo, a veces arranca, a veces no. Simple- mente estar juntos.

¡Hecho! me contesta.

III

La espera a mi hijo se me hace larga, y el frío y la oscuridad se acercan con gesto amenazador. ¿Brillará el sol en Irán? ¿Se interrumpirá mi viaje interior con esta parte del viaje entre dos? ¿Podré mantener esta libertad de mí misma también cuando mi hijo está conmigo? Duda silenciosa... Es acertado, dice otra voz. Y es *importante*.

Uso el esperar para aprender todo lo que antes vimos como una pérdida de tiempo. Compro por primera vez un smartphone, intento moverme como una persona 'moderna', abro cuentas bancarias por Internet, solicito visas de diferentes países. Soy expulsada mil veces de la red, hago 5 reservas en vez de una, recupero todo de nuevo, estudio turco y un poco de hindi, contrato seguros. Trabajo duro y no me doy por vencida, porque *ahora* tengo que ser capaz de hacerlo. Se acabaron los días en que con billetes en el bolsillo y tres pasaportes falsos se cruzaron todas las fronteras.

Luego recojo a mi hijo del aeropuerto. Para verlo, para pasar *tiempo* juntos. Tiempo que no tuvimos suficiente cuando la muerte de nuestro amado arrancó la tierra bajo nuestros pies. Y cuando lo tuvimos, solo podíamos sentarnos uno frente al otro con tesón. O soterrado en el brazo del otro.

Pero este viaje comienza con canciones. El viejo compás, las mismas ganas de gritar contra el viento. De pronto volvemos a ser la mejor versión de nosotros. Cualquier duda sobre si somos capaces de salir airosos de este incomodo viaje sale volando por la borda ya con los primeros kilómetros.

Cuando nos perdemos por primera vez, de repente la madre vuelve a ser madre, y el niño vuelve a ser niño. Digo, no pasa nada si se pierde. Volvamos al punto en que nos salimos del camino y simplemente empezamos de nuevo. Porque frente a nosotros hay una gran montaña con nieve para la cual no estamos preparados. El niño, sin embargo, quiere seguir conduciendo irrazonablemente. No quiere volver, porque la juventud conoce solo una dirección. Me quedo callada esperando a encontrar las palabras adecuadas, pero no se me ocurre nada. Busco mi sentido de orientación y sugiero un atajo. Eso es aceptado. Cuando dejamos la autopista se rompe toda la pared de nubes oscuras. Atravesamos un paisaje dorado de otoño iluminado por una luz brillante, y nos miramos sin que haga falta decirnos nada. Solo estamos felices de haber superado la primera crisis siendo bendecidos con una belleza tan inesperada. Qué bueno es a veces perderse.

Conducimos por cinco países, atravesando barrancos que nos hacen temblar y vamos por autopistas espantosamente vacías. Pasamos por chimeneas humeantes y empezamos a toser. Paramos en bares dónde sólo hay Nescafé y *gulash* en el menú, y cuando pedimos *gulash* el barman sacude la cabeza. Seguimos conduciendo y vemos la primera nieve, y nos alegramos locamente de que - aunque el coche sea viejo - la calefacción funciona a la perfección. Estamos muy a gusto en el coche sintiéndolo como nuestro hogar. Lo mismo en el corazón del otro.

En el último de estos países del Balcán, me doy cuenta de que no sé hablar el idioma de este país. Ni siquiera un poco! Ni sabemos leer los carteles porque la escritura está en cirílico. Estamos buscando a Sofía, entre niebla espesa, y no tenemos idea dónde estamos. Pienso en Irán, en Pakistán, en India, cuyos escritos tampoco sé leer. Y vuelvo a sentir de nuevo con precisa claridad a qué agua completamente desconocida estoy saltando.

Llega la noche, y la niebla es tan densa que ni puedo ver el capó. Estamos en la autopista esperando desde hace horas encontrar un bar, una gasolinera, cualquier sitio dónde parar. Pero parece que en Bulgaria la gente no descansa. Chavó nota mi cansancio y se hace cargo del volante. Con calma tensa, lleva al coche por esta *nada condensada* en la que nos encontramos. Es

entonces cuando me doy cuenta que mi hijo se convirtió en hombre. Sé que él también se siente mareado del peligro, mas me transmite que tiene todo serenamente bajo control. Me dejo caer y confío *plenamente* en él.

Cuando al fin vemos algunas luces, el alivio cae de nuestros hombros como sacos de arena. Descubrimos la única gasolinera que parece existir en esta capital. Tomamos café, en silencio y agotados, miramos a los empleados de la gasolinera, igualmente silenciosos. Intentamos una sonrisa, pero la devuelven con mirada vacía dirigida hacia ningún lugar. Bulgaria parece ser demasiado hasta para los búlgaros. Aparcamos nuestro coche en el único lugar posible y nos quedamos dormidos en seguida a pesar del escalofrío y los focos deslumbrantes.

Finalmente llegamos a la Tierra Prometida. La que solo conocemos de las historias de Mama y cuya música nos conmueve tanto. Cuyo idioma habíamos escuchado y apenas entendimos, y cuya comida sigue siendo nuestra favorita hasta hoy. Cuya cinematografía persigo con mucha atención, y cuyos viejos tienen rostros profundamente surcados y tremendamente dignos. *Hüsüm* es lo que se puede leer en sus ojos...

Ya desde lejos vemos la enorme mezquita blanca que aparece entre los pilares de la estación fronteriza. El muecín canta y una alegría profunda se extiende en nosotros. La parte más difícil del camino parece estar detrás... El coche aguantaba, lo tuvimos caliente a pesar del frío, nos reconocimos de una manera diferente, pudimos maravillarnos y pudimos quedar en silencio... Y en todo ello estábamos *juntos*. Estábamos felices en el camino ... *Shukar Drom* decimos en romaní al despedirnos del que va. *Que sea bello el camino a tu destino.*

A partir de allí, el calor determina nuestro camino. Conducimos del oeste al sur y del sur al este, cruzando todo este hermoso país, viendo gente criar rosas en cada ventana, perros callejeros confiados que nunca tienen hambre, pobres en traje de etiqueta gastado vendiendo melones. Viejos que nos preparan comida fresca y *lleno de amor*, vistas al mar, que nos quitan el aliento... Y también vemos la preocupación en las caras de la gente obligada a ser testigo de cómo su país se hunde lentamente. ¿Cómo sobrevivir?

Decido saltarme Irán y Pakistán, y tomar el avión para el resto del camino. De repente algo me tira hacia Varanasi *vehementemente*. Es como si todo estuviera resuelto ahora y puedo ir... Una vez más, nos hemos dado la seguridad de que todo está bien *tal como está*. Y también que podemos confiar en que el otro sabe cómo entregarse y ayudarse, *en cualquier situación. Pase lo que pase*. Una vez más cruzamos el Bósforo y pasamos los últimos días en un hotel de Estambul. Nos lavamos con agua caliente durante horas, escribimos nuestras notas, contemplamos la *Mezquita Azul* frente a nuestra ventana. Escuchamos en silencio al muecín, tres veces al día, y recordamos el *cante jondo* de nuestro país sintiendo los dos que la música siempre será nuestro puente.

Luego seguimos nuestros caminos... Cada uno continúa ahora su propio viaje importante: Chavó con el coche hacia el oeste, yo con el pequeño maletín hacia el este.

Llego a un país completamente desconocido. Aunque siempre he sentido que esta tierra me pertenece, me mata cuando llego. Por primera vez, experimento la diferencia entre dos continentes en este mundo. Todo aquí es suciedad, contaminación, ruido, caos. Justo en medio de ello me caí después de salir del silencio de los últimos años. El alquitrán se pone como una capa negra en la lengua y los pulmones cuando tomo un taxi hasta el piso alquilado. En vano busco el río sagrado. Todo lo que veo es lodo y basura, y miles de personas que intentan abrirse paso constantemente. Cuando al fin me tumbo agotada en una cama fría y extraña, después de 20 horas viajando, pienso que me he equivocado. ¡Que debo haberme equivocado *completamente!* Aquí no encontraré a Vanesco.

Después de una noche dando vueltas en la almohada, a la mañana siguiente bajo al río. Una luz dorada fluye en arroyos relucientes hacia mí, me quedo muda de devoción... Me siento en soledad entre búfalos y perros callejeros. Miro este río. Estoy hipnotizada. No tengo palabras para lo que está pasando en mi corazón. Tampoco en la cabeza. Todo es *vacío*. Los animales se acercan, siento su aliento en cuello y manos. Cierro los ojos y susurro *Om Namah Shivaya*, que surge, no sé desde dónde.... Una y otra vez, palabras sagradas. Estoy aturdida, *no puedo creerlo*. Empiezo a correr, paso por todos los ghats sollozando violentamente por dentro durante todo el camino. He llegado. He llegado **A CASA!** Paso por *Sadhus**, que ya desde lejos me miran y cuando paso me saludan con un gesto sutil, paso por barqueros de los cuales algunos se inclinan, por comerciantes que me iban a vender y luego, de pronto, retroceden, por niños que sostienen mis manos... Deben verlo en mi mirada que está dirigida hacia lo lejos... *dirigida a una eternidad, que reconozco como mi hogar. Un círculo se ha cerrado.* Soy feliz como nunca he estado en la vida.

*Asceta hindú.

Durante cuarenta días, me siento a la orilla del río y recito mis oraciones. Hago mis rituales. Hablo con mi esposo contándole todas las cosas que ya sabe. *Tú* me has traído aquí, le digo. Después de todo lo experimentado, oigo su voz, no hubo desvío. Solo necesitabas escuchar al río sagrado... Después de las oraciones matutinas, de vez en cuando voy de compras con Habib, el fiel amigo. Con la motocicleta cruzamos a toda velocidad el tenso tráfico, sin perder de vista ni un segundo los obstáculos: búfalos y vacas, viejos y ciegos, coches de lujo y mendigos, niños, monos y camiones... En medio de este caos, ahora siento profunda paz. *Respiro aire limpio.* Todo... TODO ahora se fusiona en una única corriente de vida. La sonoridad es silencio, y el silencio es ruido... lo más grosero es parte de lo excelente, y lo fino está también en lo bruto, y todo es parte del UNO y tiene su justificación en el mundo. Ahora puedo ser silencio, en medio del ruido. Esa es la última pieza del rompecabezas que me faltaba. Ya no tengo que protegerme.

La noche de navidad la paso entre los fuegos del crematorio. Desde arriba, desde abajo, desde lejos y desde muy cerca, observo cómo el fuego toma los cuerpos. Entiendo por qué *Shiva* fue el dios que siempre me fascinaba. Comprendo por qué el único gurú al que jamás seguí fue la muerte misma. Y entiendo el poder superior que me permitió estar tan cerca de ella en toda su intensidad. Cojo la mano de Niranján con gratitud, el que me revela esta noche toda su vida de guardia del templo en medio de los muertos. Juntos nos colocamos ante el fuego, el que arde desde hace más de 3000 años. Con este fuego se encienden los muertos para ser, tal vez, liberados. *Moksha*. Felizmente miramos hacia la noche, a los cadáveres ardientes ... rodeados de *doms*, que se calientan en el fuego después del arduo trabajo, o duermen. El humo cortante y

penetrante hace mis ojos llorar. *Las lágrimas de Shiva*, dice Nirranjan. Tienes que llorarlas todas. Mirándole me río. Como si no hubiera hecho eso ya! Me devuelve la risa y dice, Lo sé, *Mataji*.

El día anterior al cuadragésimo día busco un barquero que me lleve a encontrar el lugar donde daré mis ofrendas al río. Encuentro a Hero, un frágil anciano, que guarda toda la historia de Ganga detrás de su mirada. El remo cruje suavemente en un ritmo lento y recurrente, Hero queda en silencio y yo investigo la orilla. Cuando llegamos al Manikarnika Ghat, pienso, aquí debe ser. Ahora me debo despedir de la muerte. Por eso vine aquí. Pero no siento nada cuando nos detenemos frente a los fuegos. Espero... mientras mis ojos vagan hacia el puente que está muy lejos al final del río, y de repente lo sé: la muerte ya está muy por detrás. Se acabó ... *se acabó!*

Vamos, le digo a Hero. Él asiente en silencio y cuando pasamos el Manikarnika Ghat, comienza a cantar una canción suave... Entonces es cuando veo la cabaña Aghori, y, en frente las banderas rojas de mi sueño. *¡Éste es el lugar!* El lugar donde entregaré finalmente el dolor por mi esposo tierno y salvaje al río. Madre Ganga. En ella le libero... al eterno amante.

Preparo todo. Hablo las últimas oraciones durante la noche. Ordeno los objetos, coloco cada pieza en su lugar. Acostada en la oscuridad con los ojos abiertos.

Muy temprano por la mañana me marchó y, antes de irnos, busco las guiraldas de flores más hermosas. Luego nos vamos. Me lavo la cara y las manos en el río sagrado y coloco los objetos en la espaldilla del barco. Susurro el mantra desde mi alma resplandeciente. El mantra de Shiva! Shiva, el anarquista, el gentil y el cruel ... el Viajero del mundo, que está sentado desde el principio de los tiempos en la montaña sagrada de Kailash... y el amante que se consume por amor a su Parvati. Aquel que da a luz al mundo y lo destruye; destruye todo en una danza furiosa, Shiva que rompe en pedazos todo y lo entrega al fuego... hasta que no queda nada. Y esta nada, *para quien es nadie*, abre el cielo hacia la verdad. *Todo es uno*.

Lentamente el barco se desliza y soy yo este deslizar, y soy el sol, y el río y soy la oración ... Estoy muy lejos estando presente, estoy en el otro mundo y estoy aquí, y soy beldad en cada acción... Suavemente pongo las luces en el río, las flores, las ofrendas... el vestido blanco. No es despedida, sino enlace para siempre. Él estaba conmigo todo el tiempo. Ni un momento desde que se fue, estuvo alejado de mí. Porque él era el *amor* lo que conocí. No solo al hombre cuya voz escucho ahora por mis adentros: lleva ese amor al mundo en abundancia. Miro hacia el cielo y de nuevo siento esta profunda paz que hemos encontrado al final de nuestra vida juntos. Dos *sadhus* que se habían tomado de la mano y caminaban juntos el camino de *Bakhti*. En medio... la vida. Qué bueno que yo conozco esta también, pienso. La eternidad sin la transitoriedad, -y su dolor-, es solo la mitad del UNO. Este conocimiento necesito ahora, cuando regrese al mundo ...

RETROSPECTIVA

Semana Santa 2015

Son las cuatro de la madrugada cuando me despierto. Siento una presión en el pecho que se hace fuerte. El miedo me impide respirar: *la mano en mis manos está fría*. Ha entrado violentamente la muerte en nuestra habitación. Intentando protegerlo pongo mis brazos alrededor de su cuerpo, expiro aire cálido a su cara, pero el frío sólo se extiende por todo su cuerpo, y con ello, el pánico. No estoy preparada, no sé, *en absoluto*, qué debo hacer. Debería saberlo, pero no lo sé. No en este momento.

Reúno todas mis fuerzas, miro hacia el vacío de la oscuridad enfrentándome al monstruo que se propaga por el espacio, respiro, me centro, respiro...creo, por un instante, *con fe absoluta* en mi fuerza, en Dios, en una voluntad suprema... negocio con la muerte: **¡No ahora!**



Infinitos minutos después, siento de nuevo algo de sangre en sus manos. Vuelve lentamente su cuerpo, vuelve a ser suave y cálido de nuevo, y él comienza a respirar. Un hilo de aliento, pero aliento.

Algunos días después estoy sentada en el sillón y desde lejos escucho música de Semana Santa. Una canción apasionantemente hermosa, interpretada por tambores, timbales, trompetas. Paso los días siguientes buscando el original y de hecho lo encuentro.

Ahora, en la noche anterior a la Pascua, estoy sentada en la ventana bien abierta, y escucho una y otra vez este Ave María de Caccini completamente desconocido. El corazón quiere romperse de dolor, pero también... profundo estar de acuerdo.

Un dolor brutal y dulce a la vez se extiende por todo

mi ser: nacer y morir. Unirse y separarse de nuevo. Volverse UNO y partirse de nuevo en miles de partes. Desvanecerse...

Esa noche hago las paces con lo inevitable. Que él estará pronto allí, y yo aquí. Con humildad recibo todo lo que siento. Y por un momento lo puedo ver con claridad: un día este dolor me hará amplia y suave. Toda la ira en mí habrá pasado, y **con esto mi propio destino será vencido**.